



Postconvencionales

No. 5-6, septiembre 2012, pp. 211-217. ISSN 2220-7333.

ESCUELA DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y ADMINISTRATIVOS



Educación para la justicia: La vocación de Janusz Korczak^{i,ii}

Lawrence Kohlberg

- ⁱ Versión castellana de: Education for Justice: The Vocation of Janusz Korczak. Epilogue of Kohlberg, L. (1981). *Essays on Moral Development. Volume One: The Philosophy of Moral Development, Moral Stages and the Idea of Justice*. San Francisco, Harper & Row Publishers. Traducido con autorización [NdT].
- ⁱⁱ Ann Higgins y Clark Power contribuyeron vitalmente con la escritura de este epílogo. También deseo expresar mi gratitud a Betty Jean Lifton por dialogar conmigo sobre Korczak. Fue ella quien llamó mi atención sobre la relevancia de Korczak como educador moral. Este epílogo se apoya sustancialmente en su artículo para *The New York Times Magazine*, del 20 de abril de 1980.

En el ensayo titulado “Educar para la justicia: una visión moderna de la perspectiva socrática”, cité a dos educadores morales de la Etapa 6, Sócrates y Martin Luther King. Aunque King era una persona religiosa, enseñó la justicia, la vivió, y murió por ella. Lo mismo puede decirse de Sócrates. Sus determinaciones religiosas de enfrentar la muerte inspiraron sus vocaciones como educadores morales y sirvieron como fuente de inspiración para otros.

El ensayo “Desarrollo moral, pensamiento religioso y la cuestión de una Séptima Etapa”, sugirió que lo que le da fuerzas a una persona para vivir una vida de justicia y para enfrentar la muerte por ella, es algo “más allá de la justicia”, algo que metafóricamente llamo una “Etapa 7”. Las personas en esta “etapa” afirman la vida desde una “perspectiva cósmica”; sienten alguna clase de unión mística con Dios, la Vida o la Naturaleza; y aceptan la finitud de su vida, a la vez que hallan su significado en una vida moral, una vida en la que un sentido de amor por, y unión con, la Vida o Dios, se expresa en un amor por los demás seres humanos. Las filosofías éticas y religiosas sugeridas por la metáfora de una Séptima Etapa fueron ilustradas con las concepciones panteístas de una ley natural en Marco Aurelio y Spinoza (a las cuales podría sumar las filosofías de Sócrates o Platón), y también con las concepciones más teístas, centradas en el amor o ágape, de Teilhard de Chardin y otros en la tradición teológica cristiana.

En este epílogo reflexiono sobre un hombre cuya vocación era educar para la justicia, pero cuya energía y entrega a esta vocación estaba basada en el desarrollo de la metafórica Séptima Etapa. Su vida ilustra el hecho de que los más auténticos e inspirados educadores morales poseen algo más que una filosofía de la justicia —tienen una perspectiva ética y religiosa de ágape o de “Etapa 7”—. Su vida también ilustra, sin embargo, que una vocación “Etapa 7” como educador moral de todos modos implica enfocarse sobre la educación para la justicia. Este educador moral “Etapa 7” sabiamente no intentó educar moralmente para la “Etapa 7” o predicar de modo explícito una visión religiosa del amor universal. Esa visión es comunicada mediante el ejemplo, no mediante una educación sistemática. Él entendió que lo que podía esperar de los niños, o exigirles, era menos de lo que él estaba dispuesto a darles. Así que en lugar de eso, se dedicó a educar para la justicia, algo que podía esperar de otros y para lo cual efectivamente se les podía educar.

Al igual que la muerte de Sócrates y la muerte de Martin Luther King, la muerte de Janusz Korczak expresa tanto su vocación como educador moral, como su progreso en una travesía espiritual que pocos asumen y que menos aún culminan con éxito. Korczak murió durante la insurrección del Gueto de Varsovia, en la Segunda Guerra Mundial. Korczak, formado como pediatra, había dirigido por muchos años dos escuelas para huérfanos, en Varsovia. Una para niños cristianos y una para niños judíos, expresando así una preocupación universal que iba más allá de su patrimonio cultural judío. Con la llegada de los nazis, Korczak y sus huérfanos judíos fueron arreados al Gueto con el resto del medio millón de judíos de Varsovia. Su vida diaria pasó a girar en torno a la búsqueda de alimentos y medicinas para los que estaban a su cargo. Aunque él mismo estaba pasando hambre y padecía problemas de salud, en su último año se responsabilizó voluntariamente por los mil niños del orfanato público del Gueto. Él y su devota colega, Stepha Wilczynska,

invitaron a actores y músicos a dar presentaciones como forma de recoger fondos. Además organizaron una escuela en la que el cuidado y la justicia guiaban las vidas y experiencias cotidianas de los niños, un lugar en el que los niños podían seguir estudiando y aprendiendo, a pesar de la guerra.

En la mañana del 6 de agosto de 1942, guardias alemanes y ucranianos rodearon el orfanato como parte del plan para eliminar a los “elementos improductivos”, llevándolos al campo de muerte de Treblinka. Preparado para morir, Korczak condujo a los doscientos niños de su orfanato hasta la estación de tren donde les esperaban los vagones de carga. Todos los niños, impecablemente vestidos y llevando cada uno un juguete o libro preferido, marcharon las dos millas de distancia en un desfile de silenciosa dignidad. Korczak encabezaba la columna, tomando de la mano a los dos más pequeños. Stepha y los otros maestros caminaban un poco más atrás. La actitud de Korczak ante la inminencia de su muerte quedó plasmada en dos afirmaciones: “No abandonas a un niño enfermo en medio de la noche, y no abandonas a los niños en un momento como éste”. Una anotación en su diario, fechada el 4 de agosto y escrita mientras miraba a un guardia que estaba por fuera de su ventana, dice: “¿Qué haría él si yo le saludara con la cabeza? ¿O si le hiciera un gesto amistoso con la mano? Tal vez no sepa que las cosas son como son. Puede que haya llegado apenas ayer, desde muy lejos”.

Al aceptar su muerte, Korczak se colocó más allá del temor o del odio. Su aceptación de la muerte no fue una aceptación de indignidad por su parte o en nombre de quienes estaban a su cargo. Desde sus primeros días en el Gueto fue un resistente, negándose a portar la Estrella de David y protestando por la falta de alimentos y medicinas. Sin embargo, el día en que Korczak y sus niños marcharon hasta los trenes, llevaban orgullosamente un estandarte con una Estrella de David en azul.

La travesía de Korczak con los niños comenzó con su carrera como estudiante de medicina preocupado por las condiciones bajo las cuales vivían los niños pobres. Esta preocupación está documentada en una novela hasta cierto punto autobiográfica, *Niños del Salón*, escrita en 1906. Entre 1906 y 1911 estableció exitosamente su consultorio médico, y si bien sus servicios eran requeridos por clientes adinerados, cultivó una clientela entre los pobres, cobrándoles tan solo tarifas simbólicas.

Gradualmente, Korczak se fue interesando por trabajar con algunas áreas de la vida de los niños, que la medicina no tocaba. A los treinta y tres años, exitoso en la literatura y en la medicina, aceptó la dirección de un orfanato judío. Parte del pensamiento que le condujo a asumir tal cargo se refleja en un libro que escribió tres años después, siendo Oficial Médico en el ejército ruso durante la Primera Guerra Mundial, *Cómo hay que amar a un niño*. Uno de los temas de este libro es que el amor por los niños implica una preocupación por su desarrollo psicológico —“convertirse en un escultor del alma del niño”—. Un segundo tema es que un amor genuino por el niño implica una preocupación por la justicia, por tratar al niño respetándolo como a un igual.

Los orfanatos dirigidos por Korczak eran prototipos de lo que en Estados Unidos, hace algunos años, hemos llamado la “escuela como comunidad justa”. Korczak llamaba a su experimento una *República de niños*. Tenía su propio parlamento, corte, periódico y

cronogramas de trabajo. Él veía estas cosas no sólo como expresión del respeto por el niño, sino también como vehículos de la educación moral o de la educación para la justicia. Según Lifton, “él no se preocupaba por enseñarle a los niños el abecedario, sino la gramática de la ética. Él organizó su *República de niños* como una sociedad justa, gobernada por sus propios y jóvenes ciudadanos. En el transcurso [del autogobierno], ellos aprenderían que es posible vivir en armonía con otros”. Especialmente interesante, era la corte de los niños, en la cual las reglas hechas por el parlamento eran aplicadas a los casos individuales. Todos los niños tomaban su turno para servir como miembros de ese tribunal. Korczak esperaba que así los niños aprenderían a juzgar imparcialmente. Al idear castigos, el énfasis no recaía en la retribución, sino en la comprensión y en comunicar el espíritu de las normas y de la comunidad. La corte también funcionaba como un revisor colectivo de los progresos individuales en la escuela, guiándose por una clasificación de los distintos niveles éticos de contribución a la comunidad. La corte de los niños examinaba el progreso no sólo de los niños, sino también el de Korczak y el de los demás miembros del personal en términos de tales niveles. Aunque familiarizado con las teorías psicológicas de su época, Korczak recurrió a sus intuiciones prácticas acerca de la justicia y la sensibilidad del niño a la justicia, para desarrollar su acción educativa.

La dedicación de Korczak a la justicia era parte del legado de su familia. Su padre, un abogado, escribió interpretaciones jurídicas en polaco, basadas en consideraciones talmúdicas y éticas. En su *Diario del gueto*, Korczak recordó que siendo un niño pequeño tuvo un sueño o plan de vida que incluía “botar todo el dinero para que no hubiese más niños sucios, andrajosos o hambrientos, con los que no le esté permitido a uno jugar en el patio”. La sensibilidad de Korczak a la justicia se volvió parte de una vida comprometida al servicio de los niños, resultante de una travesía espiritual a través de la angustia y la desesperación, que recuerda al curso vital de Andrea Simpson, discutido en el capítulo previo sobre la Séptima Etapa.

Como adolescente, Korczak experimentó la desesperación por primera vez a raíz de la locura de su padre y posterior muerte en un hospital psiquiátrico. Varios años después, durante la Primera Guerra Mundial, mientras trabajaba como oficial en un hospital, contrajo la fiebre tifoidea. Su madre acudió a asistirlo, se contagió y murió. Llevado aún más lejos hacia la desesperación, por esa época estuvo al borde del suicidio. En el caso de Andrea Simpson, vimos que una desesperación, que podríamos calificar como “cósmica”, a raíz de la muerte de su madre, se sumó al convencimiento de que nunca podría formar una familia. También para Korczak, estas dos fuentes de desesperación se combinaron. Ya que se definía a sí mismo como “el hijo de un loco”, había decidido no casarse nunca, ni tener hijos. Además de la desesperación por sus pérdidas personales, Korczak sentía una desesperación moral y metafórica en relación a las guerras recurrentes, el sufrimiento y la injusticia. Andrea Simpson resolvió su desesperación comprometiendo su vida al servicio de su hermano mentalmente enfermo y de sus compañeros de sufrimiento. De modo similar (según escribió), sintiéndose “trastornado, solo y frío”, Korczak se comprometió una vez más con “el niño abandonado de Varsovia”, adoptándolo “como su hijo”.

Aunque el desarrollo de Korczak fue en cierto sentido religioso, como sucedió en el caso de Andrea Simpson, no estuvo fundamentado en la identificación con las tradiciones

de su fe. La aceptación de Korczak de su identidad judía, estaba asociada a la aceptación de asimilarse a la cultura polaca y a la cultura occidental en general. Su conducción simultánea de un orfanato cristiano y uno judío evidencia esa doble lealtad.

Su orientación religiosa adulta no era específicamente judía, ni siquiera específicamente teísta. Se expresaba más bien en términos de una especie de panteísmo místico que celebraba la naturaleza y la manifestación de lo que Bergson llamaba “la fuerza vital”. Su búsqueda de significado religioso, después de la muerte de su madre, dio origen a un libro dedicado a sus padres y titulado *Frente a frente con Dios: Oraciones para los no creyentes*. Korczak consideró dejar Polonia en 1938 y establecerse en Israel para estudiar la Biblia y meditar. Sintió la tensión entre la responsabilidad social y moral, por un lado, y el deseo de una experiencia interior o espiritual, por el otro. En sus palabras: “Un hombre es responsable por su propio espíritu, por su propio modo de pensar —ése es su taller—. Me pregunto a mí mismo, ¿Es demasiado tarde? No. Si me hubiese ido antes, me habría sentido como un desertor. Uno tiene que permanecer en su puesto hasta el mismísimo último momento”. Aunque sintiendo esta tensión, como lo hiciera Andrea Simpson, él también logró cierta integración entre su amor espiritual por la vida o por la fuerza vital con un amor ético por otros seres humanos, expresado en su vida de servicio a los niños.

Mi presentación de la vida de Janusz Korczak subraya las similitudes entre su filosofía educativa y la filosofía de la justicia que ha guiado a otros grandes educadores morales desde Sócrates hasta Martin Luther King. Esta filosofía es, en la superficie, secular, racionalista, y no se basa en la autoridad o en la revelación. Sin embargo, como lo ilustra la vida de Korczak, esta filosofía educativa de la justicia se apoya e inspira en una actitud y visión del mundo ética y religiosa. Esta orientación ética y religiosa regía el compromiso de Korczak con la vocación de un educador moral y le permitió morir por ella con ecuanimidad. Como sucedió en el caso de Andrea Simpson, el desarrollo ético y religioso de Korczak atravesó una crisis de desesperación que fue superada adoptando una orientación de “Etapa 7”, la cual integraba una actitud de ágape con una honda perspectiva cósmica en cuanto al significado de la vida.

La vida de Janusz Korczak ilustra la forma en que los principios de justicia de la Etapa 6 le dan forma y contenido a la educación moral, pero no responde a la pregunta “¿Por qué comprometerse a ser un educador moral?” Tal compromiso no se produce a raíz de la simple aceptación de un contrato social y de los principios de la justicia. Del mismo modo que la Etapa 6 no puede responder a la pregunta “¿Por qué ser moral?”, tampoco puede responder la cuestión del compromiso con la educación moral. Asumir tales interrogantes equivale a entrar en el dominio de las filosofías éticas y religiosas, el dominio de la Etapa 7.

He trazado una distinción entre los principios racionales de justicia que deberían guiar la práctica de la educación moral, y la filosofía ética y religiosa de la “Etapa 7” que, en el mejor de los casos, subyace al compromiso docente de practicar la educación moral. Esta distinción es importante para el educador moral porque protege a la educación moral de tres falsas expectativas. La primera es que el niño desarrolle una filosofía ética y religiosa en el mismo sentido en que uno esperaría que desarrolle un punto de vista moral o un sentido de la justicia. Aunque la vocación de Janusz Korczak como educador moral

estaba arraigada en una actitud y compromiso profundamente religiosos, su práctica de la educación moral se basaba en la democracia, el respeto por la igualdad de derechos y la racionalidad del niño. No hay duda de que Korczak enseñó su filosofía ética y religiosa subyacente, así como enseñaba los principios de la justicia. Pero él no esperaba que sus estudiantes desarrollaran o adoptaran una filosofía ética o religiosa en particular, del mismo modo en que esperaba que ellos desarrollaran o adoptaran los principios de la justicia. Él enseñaba su filosofía implícitamente, mediante el ejemplo —viviéndola—. En una sociedad pluralista no podemos esperar que haya una sola filosofía ética y religiosa —hacerlo sería incurrir en el sectarismo—. En cambio, sí *podemos* esperar el desarrollo de principios de justicia que son o deberían ser comunes a todos los miembros de la sociedad. Una filosofía ética y religiosa representa el desarrollo de un conjunto de significados y valores personales, y en ese sentido no se puede esperar que provenga de los maestros o de las escuelas.

La segunda falsa expectativa es la de inculcar en los estudiantes la actitud que subyace a la filosofía ética y religiosa de Korczak, la actitud del ágape. Los educadores no pueden esperar de sus estudiantes la actitud del ágape porque ésta es supererogatoria y por definición va más allá de los llamados del deber, o de lo que puede ser exigido. El devoto autosacrificio llevado a cabo por Korczak equivale a ofrecer un acto de “gracia”, libremente asumido.

La tercera falsa expectativa, a diferencia de las dos primeras, es básicamente una carga sobre el educador, más que sobre el niño. Es la carga de tener que estar a la altura de la exigencia de que el maestro sea moralmente ejemplar. Janusz Korczak era un educador moral verdaderamente ejemplar. Pero él no definió su rol en esos términos. Él no se definía a sí mismo como un modelo a seguir, para decirlo en términos de la jerga actual. Pensar en el propio rol como algo ejemplar es arriesgarse a caer en la hipocresía, a causa de una inconsistente demostración de virtud; es arriesgarse a incurrir en la arrogancia y en una actitud de superioridad frente a los estudiantes; y es arriesgarse a una sensación de continuo fracaso para quienes no son santos. Si un educador como Korczak, capaz de alcanzar la santidad, no fundamentaba su enfoque educativo en ella, ¡cuánto más deberíamos evitar esa expectativa la mayoría de nosotros, que no somos santos sino simples mortales! Ya es bastante con pedirle a los maestros que hagan a un lado sus necesidades, incluyendo la necesidad de estar en una posición de autoridad incuestionable, para responder a los problemas y exigencias de la justicia en la escuela. Podemos abrigar la esperanza de que el compromiso de los educadores con la enseñanza esté basado en una actitud de ágape hacia los niños y en una filosofía ética y religiosa, sin esperar que los maestros sean moralmente ejemplares o santos. Pero como educadores haríamos mejor enseñando lo que podemos vivir, al menos en parte —las exigencias de la justicia—, en lugar de pretender que somos capaces de enseñar algo más.

En años recientes, y en el Año del Niño declarado por la UNESCO, la memoria de Janusz Korczak ha sido honrada de diversas formas. Hasta cierto punto, este reciente reconocimiento de Korczak como educador moral refleja el lento pero continuo esfuerzo de la sociedad mundial por dar alguna clase de respuesta moral al Holocausto en el cual pereció. El Holocausto es el evento de la historia humana que más elocuentemente

demuestra la necesidad de la educación moral y de una filosofía que pueda guiarla. Mi propio interés en la moralidad y en la educación moral surgieron en parte como una respuesta al Holocausto, un evento tan enorme, que a veces muchos individuos y sociedades no llegan a captar tamaña injusticia en toda su magnitud. Janusz Korczak, en medio del Holocausto, reaccionó tanto con una noción normal de lo que es injusto, como con una perspectiva trascendente a la justicia, que le permitió vivir como educador moral y morir con ecuanimidad.

En esta última parte del primer volumen de mis ensayos, he tratado de dejar claros algunos de los límites de nuestra teoría y los límites del sentido de la justicia en sí mismo. El ejemplo de Janusz Korczak ilumina los límites de la justicia en un mundo plagado de tragedias, así como la fuerza del sentido de la justicia para vivir en semejante mundo. Korczak, entonces, contribuye a ejemplificar el ideal de desarrollo moral que este volumen se ha esforzado en aclarar. Su vida no ayuda a responder muchas de las interrogantes que la teoría debe eventualmente abordar. Pero la teoría, espero, ha enmarcado los problemas de la filosofía moral en unos términos con los cuales el estudio de vidas podría ayudar a encontrar respuestas. Es mi esperanza que esta obra haya ayudado al lector a hacer precisamente eso —comenzar a vincular los problemas de la filosofía con el estudio de las vidas humanas—.



Traducción de Levy Farías